

¡Ay! En los recuerdos de «Pedrín» no aparecen Racine, Saint-Cyr y la corte de Luis XIV, ni el claro estilo de la sobrina de la señora de Maintenon. En su tiempo el idioma conservaba toda su pureza y desde entonces se ha estropeado mucho. Pero lo mejor es hablar como habla la mayoría de la gente. En estas páginas se amontonan sucesos minúsculos referidos con exactitud. Y no falta quien me asegure que pueden agrandar estas bagatelas verídicas.

I

NUNCA SE DA BASTANTE

Aquel día Fontanet y yo, alumnos del quinto y discípulos del señor Brard: después de salir del colegio a las cuatro y media y a toque de campana según costumbre, bajábamos por la calle de Cherche-Midi acompañados por la señora Tourtour, al servicio de la familia Fontanet, y de Justina, a la que mi padre llamaba la Catástrofe porque solía desencadenar a su alrededor los furiosos del fuego y del agua y porque todos los objetos que sus manos cogían se le escapaban de pronto para tomar direcciones imprevistas. De regreso a la casa paterna recorríamos juntos un largo camino. Fontanet habitaba en el extremo de la calle de los Saints-Pères. Era una tarde de diciembre. El cielo estaba oscuro, la calle húmeda y los mecheros de gas ardían entre una bruma rojiza. Alegraban el camino los múltiples rumores de la ciudad cortados a cada instante por los gritos agudos y las carcajadas sonoras de Justina, enganchada a los transeuntes por las mallas de su manteleta de lana o por los bolsillos de su delantal.

—Nunca se da bastante—dije de pronto a Fontanet.

Hice mi afirmación como si proviniese de un conocimiento sincero y fuera el resultado de maduras reflexiones. Creí haber descubierto aquella verdad en las profundidades de mi conciencia, y como la concebí se la comuniqué a Fontanet.

Acaso entonces me limité a repetir una frase leída u oída en alguna parte. En aquel tiempo me hallaba siempre decidido a apropiarme las ideas de los demás. Luego me corregí, y ahora conozco a mis acreedores, a los antiguos y a los modernos, a mis conciudadanos como a los de naciones extranjeras, principalmente a los griegos, a los cuales se lo debo casi todo y aun quisiera deberles más, porque todo lo que sabemos razonable acerca del universo y del hombre nos lo han dicho ellos. Pero ahora nos interesa otra cosa.

—Nunca se da bastante.

Al oírme pronunciar esta máxima, Fontanet, cuya estatura era menor de la que corresponde a su edad, alzó oblicuamente su fina cabeza de zorro para fijar en mí una mirada interrogadora.

Fontanet se hallaba siempre dispuesto a examinar todas las ideas para aprovecharlas, y como de pronto no vió ninguna utilidad en lo que yo le decía, esperó a que se lo aclarase. Y después de repetir con una gravedad más acentuada «Nunca se da bastante», me expliqué:

—No se dan bastantes limosnas. Es lastimoso;

convendría que cada cual diese a los pobres lo que no le es indispensable.

—No lo niego—respondió Fontanet después de haberlo reflexionado.

Enardecido por esta frase, propuse a mi querido condiscípulo que formásemos una asociación benéfica. Yo no dudaba de su carácter emprendedor ni de su inventiva y siempre creí que los dos juntos realizaríamos importantes empresas.

Después de una breve discusión, nos pusimos de acuerdo.

—¿Cuánto dinero tienes para dar a los pobres?—me preguntó Fontanet.

Le respondí que tenía dos francos y medio para nuestra «fundación», y que si él aportaba otro tanto podríamos empezar inmediatamente las limosnas.

Sucedió que Fontanet, hijo único de una viuda muy acaudalada que le había procurado un caballo con silla como aguinaldo, sólo podía disponer de medio franco en aquel momento; pero me advirtió que no era indispensable su desembolso desde un principio y que luego aportaría mucho más.

Aquella reflexión me hizo comprender que el inconveniente de nuestra empresa consistía en su mucha facilidad. Era demasiado fácil entregar al primer ciego que encontrásemos los tres francos de que disponíamos. Por mi parte, lo confieso, no consideraba bastante pagada mi generosidad con la mirada de un perrito sentado con el platillo en la boca; quería otro premio para mi benéfica acti-

tud. A los doce años era un poco fariseo. Supongo que me lo perdonarán, y confieso que desde entonces no me he corregido gran cosa.

Después de despedirme de Fontanet en el portal de su casa me colgué del brazo de mi querida Justina y con el ansia de mis propósitos *caritativos* le pregunté:

—Di, ¿te parece que se da bastante?

Su silencio me revelaba que no comprendía mi pregunta y esto no me sorprendió, porque Justina nunca me escuchaba y raras veces me comprendía. Sin embargo nos entendíamos perfectamente. Entonces me expliqué:

Sacudí con todas mis fuerzas su brazo fresco y duro para retener su atención fugitiva, y le dije a voces:

—Justina, ¿te parece que se les da a los pobres bastantes limosnas? Yo creo que no.

—Es demasiado lo que se da a los mendigos— respondió Justina—. Son unos malvados; pero hay pobres vergonzantes de los que deberíamos compadecernos. Hay muchos y se ocultan; prefieren sufrir a mendigar.

La comprendí; sus palabras me decidieron. Fontanet y yo nos dedicáramos a la rebusca de pobres vergonzantes.

Aquella misma tarde, por una fortuna inesperada, recibí de mi abuelo, que era pobre y generoso, una moneda de cinco francos, y al día siguiente, en la clase del señor Brard, enteré por señas a Fontanet

de que ya disponíamos de una suma de ocho francos para los pobres vergonzantes. El señor Brard sorprendió mis gestos, los consideró reprobables y me puso una mala nota de conducta.

¡Oh, qué amarga sonrisa frunció mis labios, qué mirada desdeñosa dirigí al profesor incapaz mientras él anotaba mi falta de comportamiento en un registro ennegrecido ya por mis faltas! Porque sería inútil ocultarlo: a juicio del señor Brard, mis defectos eran innumerables.

En el recreo de mediodía Fontanet castañeteó sus dedos gozosamente y me hizo presentir que una vez u otra su tía, una señora de posición, le daría el doble o el triple de lo que yo aportaba, y entre tanto era lo más prudente que yo le entregase mis ocho francos; depósito necesario, según él, para la buena contabilidad de nuestra «fundación».

Y resolvimos buscar desde aquella misma tarde, al salir del colegio, un pobre vergonzante.

Las circunstancias nos favorecieron. La Tourtour, algo acatarrada, no iba con Fontanet, y Justina, mi Justina, nos acompañó a los dqs. A Justina, cuyas mejillas arreboladas parecían siempre a punto de estallar; a Justina, bastante abrumada ya por sus luchas contra las catástrofes que sin cesar la perseguieron, la considerábamos inepta para la vigilancia y desprovista de autoridad. Todas nuestras investigaciones resultaban insuficientes para descubrir entre la muchedumbre de los ciudadanos uno de esos pobres vergonzantes cuya única misión consiste en pa-

decer sin protestar. Al fin creímos haber encontrado uno cubierto de andrajos, que arrastraba una pierna coja.

Éramos todo ojos para contemplarlo.

—Ya le tenemos—murmuré al oído de Fontanet.

—No cabe duda.

Pero al extremo de la calle Vavin aquel hombre entró en una taberna, donde había una verja pintada y pámpanos de hierro forjado. Le vimos levantar y beber un vaso de vino sobre el mostrador de cinc, que resplandecía con la luz.

—Me parece—dije—que es un borracho.

—Naturalmente—replicó Fontanet, orgulloso de su perspicacia.

Un fracaso no era bastante para convencernos; proseguimos nuestras investigaciones y llevábamos a remolque la infeliz Justina, fatigada por las vueltas y revueltas de nuestro paseo investigador. En el callejón de La Croix-Rouge vimos a una joven campesina con su cesto al brazo que deletreaba los rótulos; era indudable su abatimiento. Seguros de haber encontrado en ella lo que buscábamos, me acerqué con mucha cortesía y, después de quitarme el sombrero, la dije:

—¿Puedo serle útil en algo?

Ella me respondió con una mirada agresiva. Repetí mis ofrecimientos. Sin duda en su pueblo la exageraron los peligros que corre en París una muchacha y le dieron una idea un poco absurda de la precocidad del vicio en las ciudades. Ciertamente,

para mis años yo estaba muy crecido, pero no tenía un aspecto terrible. El miedo debió turbarla hasta el punto de ver sobre mi labio unos bigotes. Me llamó insolente y me dió un bofetón. Mi inocencia me impidió apreciar de pronto lo que aquel bofetón significaba. Fontanet, que observaba aquella escena con curiosidad, rió alegremente. Intervino Justina, dirigió a la muchacha palabras indignadas y la amenazó de obra. Luego me dijo severamente:

—Así aprenderá, señorito Pedro, a no mezclarse con las muchachas; hace usted cosas inconvenientes; es demasiado travieso.

—No habría ocurrido esto—me dijo Fontanet—si me hubieras dejado hablar a la campesina; pero tienes lá pretensión de hacerlo todo sin pedir consejo a nadie.

Yo no merecía ese reproche, y pudieran acreditar mi prudencia todos los testigos de mi vida.

Convinimos en que la rebusca de un pobre vergonzante era difícil, ardua y casual, pero no por ello dejamos de seguirla con ardor.

Entrábamos ya en la calle de los Saints-Pères y no había tiempo que perder. Seguimos los pasos de un hombre evidentemente desdichado, encorvado bajo el peso de sus preocupaciones; llevaba un pantalón con rodilleras y un sombrero grasiento; su larga nariz casi cubría la boca; sin duda era un pobre vergonzante.

Ibamos a interrogarle, cuando Fontanet me tiró bruscamente de un brazo:

—Desconfía, está condecorado.

En efecto, en el ojal de su levita lucía una cinta roja, y en esto reconocimos que, lejos de ser un pobre, aquel buen caballero figuraba entre los personajes más importantes de la sociedad. Sin duda nuestro juicio era exagerado, pero nos educaban en el respeto a los honores.

Algunos pasos más allá Fontanet, infatigable, exclamó:

—Ese debe serlo—y me señalaba un viejo vestido con descuido, que al andar se metía la mano en todos los bolsillos sin encontrar en ninguno lo que buscaba.

¿Qué buscaría?

Alguna moneda o un poco de tabaco. Era imposible adivinarlo; pero su actitud pareció a Fontanet el signo infalible, el indicio revelador de un pobre vergonzante.

—No puede resignarse a mendigar y se obstina en recorrer con su mano los bolsillos vacíos, donde no encuentra nada. Háblale—me dijo Fontanet.

—Háblale tú—reliqué—; acabas de decirme que yo no sé hacerlo; por añadidura, ya que llevas el dinero eres tú quien lo ha de ofrecer.

Esta reflexión decidió a Fontanet; salió al encuentro del hombre que se metía la mano en los bolsillos, le detuvo en la estrecha acera, y con la gorra en la mano le dijo:

—Caballero...

Después de este principio, Fontanet, cuyo atrevi-

miento solía rayar en descaro, se cortó, porque de cerca el viejo parecía otra cosa. Llevaba un alfiler de oro en la corbata y una cadena de oro sobre el chaleco. Corrí en auxilio de Fontanet, y con la gorra en la mano dije cortésmente:

—Caballero...

Me faltó audacia para seguir.

Al ver nuestra confusión, aquel hombre nos llamó sus amiguitos y nos preguntó en qué podría servirnos.

El ingenio de Fontanet le ofrecía recursos extraordinarios.

—Caballero—dijo entonces hipócritamente—, ¿querría usted indicarnos dónde está la calle de Tournon?

—La dejasteis a vuestra espalda, amiguitos. Id por esa primera calle, a la izquierda. Luego por la segunda, también a la izquierda, y por la tercera...—Dudó un momento; a cada indicación que nos hacía se hurgaba en los bolsillos, como si en su fondo pudiera encontrar las indicaciones difíciles de su itinerario. Fontanet le miraba con la malévol seriedad de su morrito de zorro; yo me mordí los labios; de pronto solté la risa, mi camarada hizo otro tanto y los dos escapamos a todo correr, pero no lo bastante de prisa para dejar de oír las voces del viejo asombrado, que nos llamaba pilluelos y bribones.

Sin comprender en absoluto el motivo de nuestra huida precipitada, y temerosa de perdernos tal

vez para siempre, Justina se preguntaba ya cómo podría presentarse a mi madre sin mí; y echó a correr por la calle oscura y llena de obstáculos. Al perseguirnos tropezaba con toda clase de objetos, personas y cosas; al fin cayó bajo las ruedas de un carretón.

Nos reunimos frente al puesto de una castañera de la esquina de la calle de la Universidad. Fontanet compraba diez céntimos de castañas con dinero de la caja de los pobres vergonzantes. Justina reprochó nuestra conducta. Le ofrecimos una castaña. La carne es débil; Justina se comió la castaña entre murmuraciones.

Llegamos tarde a casa. Justina iba cubierta de barro.

—¿Pero cómo anda usted, hija mía?—le dijo mi madre.

La muchacha se metió en la cocina, y para recobrar el tiempo perdido echó mucho carbón en la lumbre. Lloraba; el reflejo del fuego encendía su rostro y brillantaba sus lágrimas, semejantes a las que derramó en Troya incendiada la hija de Priamo, tan querida por Apolo.

Ad coelum tendens ardentia lumina, frustra.

Ya desconfiaba yo de encontrar un pobre vergonzante. Pero algunos días después, en el recreo de mediodía, Fontanet refirió a La Chesnais nuestros proyectos y nuestras decepciones con el manifies-

to propósito de atribuirme cuanto hubiera de ridículo en ellos; y preguntó a La Chesnais si conocía algún pobre vergonzante, un pobre de los que no mendigan. La Chesnais gozaba entre nosotros de la más elevada estimación, y respondió que su madre había socorrido a un pobre de aquella especie.

—Ha muerto, pero dejó una viuda y dos hijos. Mamá les da mi ropa en desuso. La viuda Bargouiller—añadió La Chesnais—vive en el pasaje del Dragón.

Indicó el número, y lo olvidé. Fontanet y yo resolvimos llevar a la viuda Bargouiller la cantidad consagrada al infortunio oculto, o por lo menos lo que aún quedaba de aquella cantidad porque, gracias a las instigaciones de Fontanet, comprábamos todos los días pasteles y pastillas de chocolate. Para inducirme a tales dispendios Fontanet no se cansaba de repetir que muy pronto aportaría sumas enormes a la caja social.

El miércoles, día de asueto, mi madre me dejó salir por la tarde solo con Fontanet, que le inspiraba completa confianza. En cierto modo su juicio era acertado; Fontanet no hacía nunca inconveniencias, pero tenía bastante malicia para conseguir que las hicieran los demás. No era posible que mi madre descifrara el carácter de Fontanet, el cual mostraba ante ella sus buenas condiciones y desplegaba su hipocresía para obtener la estimación de todos. Autorizados por esta confianza, pudimos ir en busca de

la viuda Bargouiller. No habían abierto aún la calle de Rennes, y se entraba en el pasaje del Dragón por una callejuela, bajo una bóveda donde se retorció un espantoso dragón. Aún existe; es una obra muy notable de estilo Luis XV. Lo han pintado de verde; sería mucho más hermoso con el gris de la piedra. (Un parisién curioso de las antigüedades y de las ilustraciones de su ciudad me asegura que no debemos ilusionarnos acerca del dragón, porque es de yeso y menos antiguo de lo que parece.) En el tiempo ya lejano a que me refiero era más horrible, porque estaba pintado en rojo vivo y daba la sensación de que su garganta inflamada producía un estrépito espantoso. Realmente, al acercarnos oíamos un ruido, comparado con el cual no pasaría de ser un suave murmullo el de los batanes que tanto aterraron a Sancho Panza. Aquel estrépito ensordecedor era producido por centenares de martillos que forjaban el hierro. El pasaje habitado por cíclopes tenía las lanzas de sus verjas pintadas en rojo, como el dragón de la bóveda. Avanzábamos estremecidos a lo largo de las fraguas; la aventura prometía ser maravillosa. Por fin, hacia el extremo del pasaje, en el número indicado por La Chesnais, empujamos una puerta; penetramos en la húmeda obscuridad; respiramos hedor de enmohecido, y tropezamos en viejos armatostes de madera podrida. El estruendo de los innumerables martillos que nos ensordecieron decrecía de un modo tranquilizador. Al cabo de algunos instantes nuestros ojos

se acostumbraron a la obscuridad, y descubrimos una escalera de caracol muy empinada, donde cuelga para servir de apoyo una grasienta soga. Después de haber subido a tuestas veinte escalones nuestras manos palpan una puerta. Como no encuentro cordón de campanilla, doy suavemente con los nudillos. Fontanet golpea con más energía.

—¿Quién llama?—pregunta una voz ruda.

—Nosotros.

—¿A quién buscan?

—A la señora Bargouiller.

Se acercan pasos lentos; rechina la cerradura; se abre la puerta; la señora Bargouiller aparece con el rostro enrojecido, peinada como un nido de viboras, con los pechos mal contenidos por una blusa rameada.

La habitación enladrillada servía de comedor y de alcoba. La amueblan una cama grande y una cuna, un aparador de pino y dos sillas de anea. A una de las sillas le falta una pata. Cuelgan de las paredes utensilios de cocina y religiosas imágenes. Hay sobre la chimenea botellas y vasos sucios.

Al preguntarnos lo que deseábamos, la viuda procura endulzar su voz.

—Es usted pobre, ¿verdad, señora?—le dijo Fontanet.

—¡Ay!, ciertamente—suspira la viuda.

Nos invitó a sentarnos, y a pesar de ser menor que yo Fontanet debía parecerle más digno de atención, porque le ofreció un asiento provisto de

almohadones desgarrados y puso a mi disposición la silla coja. Entre gemidos nos contó sus desdichas, originadas por la viudez. Su marido desempeñaba un cargo de confianza en Bercy; murió después de una larga enfermedad en la cual agotaron todos los recursos. Ella hizo colchones, pero no pudo conservar su clientela. Hablaba mucho de sus dos hijos, Alicia y Fermín, pobres criaturas cuya educación era dificultosa. No tenían trabajo y salieron a buscarlo.

Con una gracia y una desenvoltura que admiré, Fontanet la entregó el socorro pecuniario, sin especificar mi participación en aquel sacrificio, seguro de mi modestia. La viuda le llamó señor vizconde y le dió las gracias entre sollozos, enternecida porque Dios enviaba un ángel para socorrerla.

Después nos preguntó si acaso teníamos ropa en desuso y zapatos viejos, porque ella carecía de todo. Nos rogó que la diésemos lo más posible y ella sabía aprovecharlo.

Quiso conocer el nombre de la persona que nos había guiado, y al averiguar que se trataba del hijo de la señora de La Chesnais quedó en silencio, lo cual me hizo suponer que no conservaba muy buenas relaciones con aquella bienhechora.

Se informó cuidadosamente de nuestros nombres y de la importancia de nuestras familias, y nos hizo repetir varias veces la indicación de nuestro domicilio para retenerlo en la memoria.

Nos levantamos y nos despedimos.

Casi ya en el quicio de la puerta nos repitió una vez más que necesitaba vestidos y ropa blanca, tanto para ella como para Alicia y Fermín; nos invitó de manera muy apremiante a volver; nos prometió encomendarnos a Dios en sus oraciones y nos dijo que procurásemos no caer en la escalera, demasiado obscura.

Salí de aquel miserable tugurio con el corazón seco y sin que me inspirase piedad la viuda Bargouiller; pero el rostro de Fontanet expresaba por el contrario un celo tan piadoso, los goces austeros de la beneficencia y el ardor de un alma caritativa, que al compararme con él sentí vergüenza de mí mismo.

—No se dan bastantes limosnas—suspiró mi amigo—. ¡Ah, de qué goces nos privamos!

Y su morrillo puntiagudo expresaba una santa alegría.

Aquellas palabras, aquella actitud piadosa, aquel aspecto concienzudo, me impresionaron y me esforcé para sentir la caridad tan profundamente como Fontanet.

—¿A qué hueles, Pedrín?—me preguntó mi madre.

Su olfato finísimo la permitía descubrir casi siempre en qué lugar y con quién habían estado en su ausencia las personas de su predilección; pero su confianza en Fontanet la libró de toda inquietud, y no insistió en su pregunta.

A pesar de no inspirarme compasión la viuda

Bargouiller resolví procurarle nuevos auxilios; no era cosa fácil; en toda la semana sólo pude reunir veinticinco céntimos, pobre recurso para una madre y sus dos hijos. Fontanet no había recibido aún nada de su tía. Atormentado por el deseo egoísta de dar, como la viuda Bargouiller había pedido con insistencia vestidos y ropa blanca, fijé los ojos en el armario donde mi madre guardaba mis calzoncillos y mis camisas; tuve la tentación de apoderarme de algunas piezas para satisfacer mi apetito bienhechor. Y cuando la sucesión ordenada del tiempo nos condujo al miércoles, aquella tentación fué ya irresistible. No pude forjarme ilusiones que justificaran a mis ojos aquel acto atrevido, porque tenía entonces acerca de la propiedad ideas mucho más severas de las que tengo ahora, ideas tradicionales. Consideraba que la ropa de mi uso no era mía, puesto que yo no la había pagado. Más adelante adquirí acerca del origen y condición de la propiedad un concepto muy diferente del de la muchedumbre de mis contemporáneos. En la época ya lejana a que se refiere este relato yo era lo menos proudhoniano que se puede ser, y diferenciaba los bienes ajenos de los míos con perfecta claridad; por lo tanto, según mis sentimientos, conforme a mis principios, atenido a mi propia moral, yo no podía entonces disponer de aquellos objetos; mi conciencia me lo vedaba rotundamente. Sin embargo, desoí las voces de la conciencia; entré en mi cuarto, abrí precipitadamente el armario (lo recuer-

do bien, era un armarito inglés muy sencillo, de caoba, que me parecía horroroso y debía ser encantador; pero entonces a nadie le agradaba), saqué precipitadamente sin elegirlas, casi al azar, algunas piezas, hice con ellas un paquete que oculté bajo mi abrigo, y escapé acompañado por Fontanet. En atención a los que deseen averiguarlo, diré que llevaba, según creo recordar, dos o tres camisas de dormir, un chaleco de lana o acaso de algodón, y media docena de gorros de dormir, de aquellos verdaderamente odiosos que se llamaban cascós de mecha; gorros emblemáticos del burgués tranquilo. Sin duda lo cogí todo precipitadamente, pero al decir que lo hice al azar no he sido sincero. Los gorros de algodón me horrorizaban, y emplear los míos en limosnas me producía un doble gozo. Esta clara intención impulsóme a poner los más posibles en mi piadoso botín.

Aun ahora el puntiagudo gorro de dormir me parecería una cosa abominable si no recordara que Juanón, según dicen, se lo puso por corona al reyecito de Yvetot. Pero esto no hace al caso.

Fontanet, que ocho días antes había expresado con tanto ardor las delicias de la beneficencia, ya no se interesaba por la viuda Bargouiller y se negó a ir conmigo a su casa, porque tenía resuelto divertirse en un tiro al blanco instalado en una barraca nueva del boulevard del Observatorio. Le hice saber que debajo de mi abrigo llevaba la ropa vieja destinada a los dos hijos de la pobre viuda, y

él me aconsejó que volviera a meterla en el armario o que la tirase por una boca de alcantarilla.

Lo más que pude conseguir fué la promesa de que me esperaría frente al pasaje del Dragón mientras yo realizaba una de las siete obras de misericordia: vestir al desnudo. Encontré a la señora Bargouiller más enrojecida y más inflamada que el primer día, y el nido de víboras más agitado sobre su cabeza. Me pidió noticias del joven vizconde (como llamaba a Fontanet), y cuando supo que no iría mostróse vivamente contrariada.

—Es muy agradable—dijo—y en sus aristocráticos modales descubre su noble condición.

Alicia y Fermín habían salido a buscar trabajo. Su madre no mostró muy vivo agradecimiento al recibir la ropa que yo le llevaba. Con ruego insistente que llegó a parecerme amenazador me repitió que nunca dijese a mi familia adónde había llevado aquellos objetos y me advirtió que las mayores desdichas caerían sobre mí si lo revelase. Pero como no pudo arrancarme aquella promesa, cambió de procedimiento. Gimió, lloró, puso a Dios por testigo de sus desdichas y de sus virtudes. Luego llenó de un licor rojo un vasito y me lo ofreció.

—Es un licor muy sano—dijo—, le fortalecerá.

Rehusé, insistió. Todas las víboras de su peinado se retorcieron sobre su cabeza. Bebí para evitar que se prolongara aquel espanto. Me preguntó si podía darle algún dinero para pagar los atrasos de pan; le respondí turbado, que no llevaba. Como

dijo el poeta trágico, «respiré una retirada súbita».

Al extremo del pasaje encontré a Fontanet que debajo del dragón rojo, entre el estruendo de los martillos, acababa de comerse una tártara de ciruelas comprada en la pastelería de la esquina. Apenas me atendió mientras le referí mi entrevista con la señora Bargouiller, y me declaró que desaprobaba mi conducta hasta el punto de renunciar a saber en adelante lo más mínimo de aquella ridícula historia. Fuimos a tirar al blanco. Quiso convencerme de que apuntaba muy bien, pero sólo me convenció por la energía de sus razonamientos, que refutaban el testimonio de mis sentidos.

Yo no estaba tranquilo; al subir la escalera de mi casa, de escalón en escalón iba en aumento mi inquietud. Juzgaba con severidad mi conducta y temía, no sin razón, que se descubriesen mis faltas. Justina abrió la puerta; sus lágrimas habían abrasado sus ojos azules; sus mejillas rojas hallábanse a punto de estallar. Me miró silenciosa con terror.

Encontré a mi madre muy tranquila.

—Hueles a aguardiente—me dijo—; ¿dónde has estado? ¿A quién diste la ropa que te llevaste?

—A una pobre viuda que vive en el pasaje del Dragón, la señora Bargouiller.

—La conozco—dijo mi madre; y con el rostro vuelto hacia mi padre, continuó: —Es la colchonera que me robaba la lana y que perdió toda su parroquia por su afición a la bebida.

Por no reconocer mi ligereza insistí en que aque-

lla mujer era honrada y devota, y añadí que tenía dos hijos a su cargo.

—Es verdad—respondió mi padre—. Tienen esa desgracia. Pero dime, Pedrín, hijo mío, ¿por qué no nos consultaste? Dar limosna es cosa difícil, y confieso que la caridad privada me preocupa mucho. Fué temerario en ti suponer que a tus años, y sin que nadie te aconsejara, podrías realizar lo que exige mucha experiencia y mucha reflexión. Mi amigo el señor Hennequin tiene buenos sentimientos y sin embargo condena la caridad privada y la caridad pública. Es comunista, y asegura que no se conseguirá nada con la beneficencia sin una revolución social. Yo me inclino a creer que una revolución social no es bastante y que se impondría una revolución moral...

Mi madre interrumpió este discurso que visiblemente consideraba impropio del momento.

—Pedrín—me dijo—, ¿por qué no me pediste permiso para llevarte la ropa? No me pediste permiso porque temías que te lo negara. Esa ropa no era tuya; las ideas del señor Hennequin y del señor Proudhon carecen de arraigo. Tú has dispuesto de lo que no te pertenecía. Te disculpo en gracia de tu buena intención, aun cuando seguramente obraste más impulsado por el orgullo que por la caridad, y sobre todo, cediste a tu ligereza. Fontanet no hubiera hecho una tontería semejante; y estoy segura de que no te acompañó a casa de esta mujer cuando llevaste las camisas y los gorros de dormir.

No pude contenerme y protesté contra los elogios a mi camarada, que me parecieron inmerecidos. Estaba seguro de que Fontanet no valía más que yo, y si actualmente no abrigo esta certeza es porque aprendí a dudar de todo.

—Escucha, hijo mío—prosiguió mi madre, y su reprensión era cada vez más firme y severa—. Quiero que conozcas una de las consecuencias de tu mal proceder. Justina descubrió el desorden de tu armario a poco de salir tú; Justina es una muchacha muy honrada, pero su condición humilde la hace temer siempre que se desconfíe de ella. El miedo de verse acusada por el robo de la ropa la produjo una horrible crisis nerviosa. Enloquecía; yo me esforzaba inútilmente para tranquilizarla y convencerla de que no la creíamos capaz de nada malo; pero ella gritaba que los gendarmes vendrían a cogerla y que la encerrarían en la cárcel por una falta que no había cometido.

Estas palabras de mi madre me impresionaron mucho. En el teatro Comte había presenciado una representación de *La urraca ladrona o la sirvienta de Palaiseau*. Comprendí mi culpa en las congojas que oprimieron el corazón de mi querida Justina.

Corrí en su busca y la encontré abrumada por el más profundo desconsuelo. La abracé con mucho cariño y la rogué que me perdonase las angustias que mi atrevimiento le había ocasionado involuntariamente.

—¡Ah!, señorito—exclamó entre sollozos—, si usted fuese más inteligente no hubiera hecho tal cosa.

Justina tenía razón; yo no hubiera hecho tal cosa si hubiese sido más inteligente.

II

LOS INFORTUNIOS DE LA HIJA DE LOS TROGLODITAS

Dejé de advertir en Justina el destructivo ardor que la impulsaba en los primeros tiempos de su domesticidad contra la vajilla confiada a su cuidado y los bronces que regalaban al doctor Nozière los enfermos curados y agradecidos. Ya no resonaban a todas horas en la cocina el estrépito de los platos caídos y las frenéticas exclamaciones de la muchacha que se cortaba las yemas de los dedos al picar la carne cocida. Los incendios de la chimenea y las inundaciones del fregadero eran menos frecuentes; los quinqués ya no caían al suelo por su gusto sin que nadie los tocara; y si mi padre insistía en suponer a la muchacha fecunda en catástrofes, si denunciaba con tenacidad el genio destructor de aquella humilde criatura y la acusaba de turbar continuamente el sosiego imprescindible para un hombre estudioso, esto procedía de la incapacidad que impide a la mayor parte de los hombres reformar sus juicios con experiencias nuevas; y se atenía por esta razón a sus opiniones arraigadas y a las ideas preconcebidas. Mi madre,